

imitados, eran obras maestras. Un día, después de haber puesto sobre la plancha de una de sus estampas, la *Circuncision*, algunos ejemplares de papel ahumado que que las daba cierto aire de antigüedad, envió las estampas á Italia y allí se vendieron sumamente caras creyendo que eran originales de Alberto Dureró. En vano trató después de que se desengañasen de aquel error; no pudo conseguirlo: nadie podía creer que Goltzius supiese tanto imitar las maneras de aquel maestro hasta el punto de parecer suyas propias.

Uno de los grabados que mas celebridad han adquirido es el de las tres virtudes, la Fè, la Esperanza y Caridad, que litografiado presentamos hoy á nuestros lectores del Museo.

Goltzius debió haber hecho algunos cuadros; empero ninguno existe en las galerías públicas ni privadas de

Europa. A creer el dicho de algunos autores, á juzgar por el tiempo en que vivía, por la educación que había recibido y por la maestría que acompañaba á su grabado, debió de pintar en un género parecido al de Lucas de Leyde, aunque con un poco menos de vaguedad y mas ligereza. Hijo de un pintor de vidrios y habiendo recibido de él su primera educación artística, Goltzius mas que cualquier otro debía de llenar sus cuadros de esos tintes exaltados, de esa intensidad de color y de esa precisión de detalles que se ve en las vidrieras pintadas por los pintores de este género en los Países Bajos.

Hemos visto que Goltzius era un hombre de carácter extraordinario y á quien gustaba mas la fama y renombre de artista, que el dinero. Así es que un día que había pintado los retratos de dos jóvenes príncipes polacos que viajaban por Holanda, al pedirle el precio de ellos y ha-



Enrique Goltzius.

llándolos sumamente caros el mayordomo de los príncipes, de los cuales el uno era sobrino del rey de Polonia, le dijo:

—Si tanto os produce vuestro arte, ganais mas que un comerciante.

—Vuestro estado, respondió el pintor, no tiene ninguna comparación con el nuestro, porque para hacer negocios y comerciar no se necesita mas que dinero, y todo el oro del mundo no basta para poder hacer un artista.

Era además modesto y desconfiaba siempre de sus obras. Reprendía á los discípulos de su escuela que se tenían por hábiles y se daban á sí mismo celebridad. En lo que fué admirable el grabador de Harlem es en los retratos, de los cuales se conservan muchos en grande aprecio en el Museo del Louvre. Es prodigioso el número de estampas que dibujó, de las que casi todas representan asuntos de la Biblia ó de las fábulas del paganismo. Hoy se venden á precios

casi fabulosos las pocas estampas que se encuentran de este célebre artista y que no se hallan guardadas en los museos.

JOSE MEÑEZ GAVIRIA.

PARÍS, LONDRES Y MADRID. (1)

IV.

Paris, noviembre de 1855.

Es incalculable el número de ideas falsas que circular por el mundo como verdades corrientes, y que sin embar-

(1) Véase el número de enero, página 20.

go no resisten á la prueba de unos pocos momentos de reflexión. Esto basta; luego, cuando á pesar de fundarse en tan deleznable base la creencia general de que son objeto, continúan pasando por verdades, ¿qué debemos deducir de aquí? Una cosa muy triste, mas por lo mismo, ¡ay! muy cierta, á saber, que nada es mas raro en el hombre, el ente razonable por excelencia, que el uso de la razón. Las cuatro quintas partes de los hombres no ratiocinan; de la otra quinta restante, mas de la mitad ratiocinan mal, y la razón en sus manos es un arma nociva. Por eso sin duda, dice Rousseau que el hombre que piensa es un animal depravado, y bajo cierto punto de vista dice bien; pero para que su máxima fuese completamente exacta, debió haber dicho, que es un animal depravado el hombre que piensa mal, ó que hace un mal uso de su razón.

No lo hacen muy atinado en mi sentir, los que se quejan muy formales de que en Francia y sobre todo en París, no se ejerce ya como cuentan que se ejercía antiguamente y se ejerce todavía en nuestros pueblos de provincia, la *virtud de la hospitalidad*. No negaré yo, Dios me libre, que la hospitalidad sea una virtud; pero niego que sea hoy posible su ejercicio en las grandes poblaciones, y me inclino mucho á dudar que en las pequeñas en que aun se practica, sea una virtud; es una necesidad y nada mas; es acaso efecto de un cálculo, fundado en aquello de *hoy por tí, mañana por mí*; pues en efecto, en los pueblos donde no hay fondas, ni posadas, ó las hay tan malas que es como si no las hubiera, las gentes tienen por necesidad que ser hospitalarias, para que á su vez lo sean otros con ellas cuando lleguen á necesitarlo. Y como esta necesidad es tanto mas apremiante cuanto mas atrasados están los pueblos, resulta que en ellos la hospitalidad está siempre en razon inversa de su cultura; cuanto mas adelantados están, menos hospitalarios son, y *vice-versa*. El discurso y la práctica lo demuestran de consuno; cuanto mas retrocedemos en la historia del linaje humano, mas en veneracion, mas practicada encontramos la virtud de la hospitalidad. Cuando los antiguos patriarcas se trasladaban de un pueblo á otro, lo primero que hacían en llegando á cualquiera de ellos, era encajarse con toda su comitiva en la tienda ó en la choza del pariente ó del amigo, sin que este lo llevase á mal poco ni mucho: el deber de la hospitalidad era casi un dogma para aquellos pueblos inocentes y primitivos. Lo mismo próximamente sucede hoy en el interior de muchas de nuestras provincias, aunque no sean ni inocentes ni primitivas; bátales para ello estar muy atrasadas, de donde puede deducirse sin violencia, como decíamos antes, que no por virtud, sino por ignorancia, por atraso y por egoísmo han practicado, practican y seguirán practicando los hombres el deber de la hospitalidad. Es pues una inocentada de marca mayor, acusar á los habitantes de los pueblos cultos en general, y de París en particular, de que son poco hospitalarios. El mismo cargo nos dirigen á los madrileños nuestros amigos y parientes de las aldeas distantes, cuando vienen á pasar una temporada á la corte y no los hospedamos en nuestra casa, y los guardamos en ella indefinidamente á mesa y mantel, como ellos á nosotros cuando vamos á visitarlos. ¿Y por qué nos dirigen tan absurda acusación?—porque ó no piensan, ó son unos animales depravados.

Sin embargo, ya lo hemos dicho, nada es aqui mas comun que oír á nuestros paisanos (y á otros muchos fo-

rasteros) quejarse de la poca hospitalidad de estas gentes. Como esta circulan por el mundo una porción de frases vacías de sentido, ó que si alguno tienen, es un sentido falso, porque en ellas se da á las palabras una significacion que no es la verdadera en que deben tomarse. Aunque parezca una paradoja, yo diré que los franceses, y muy señaladamente los parisienses, son muy hospitalarios, entendiéndolo la palabra ó la idea *hospitalidad* en el sentido único que hoy puede tener, dado nuestro actual estado de civilización. Las ideas no mueren, pero se transforman, lo mismo que las palabras con que se espresan; y así como hoy no espresamos en castellano, por ejemplo, la idea ó sea la virtud de la hospitalidad con el mismo vocablo con que la espresaban los patriarcas, así tampoco podemos practicarla de la misma manera que la practicaban ellos; pero la verdad es que la practicamos tambien..... á nuestro modo. Si esa práctica consiste en hacer algun sacrificio en favor de nuestro semejante forastero (y por eso es una virtud), yo creo que mas sacrificio hace el madrileño, por ejemplo, que acoge con benevolencia al indijena de Peralejos, verbi-gracia, que le viene recomendado, y dedica algunas horas á acompañarle aquí y acullá, robándolas á sus ocupaciones ó á sus placeres, y poniéndose tal vez en ridículo por las calles con aquella exótica compañía, que el mismo Peralejoseño, cuando recibe á un cortesano en la enorme casa que posee en su pueblo, y le da en ella durante un par de meses una hospitalidad que, en sustancia, más que un sacrificio es para él un goce, pues sobre no gastar nada, ó casi nada con semejante hospedaje, encuentra, merced á él, interrumpida por algun tiempo la horrible monotonía de la vida lugareña. En realidad los vecinos de las capitales, cuando vamos á hospedarnos en las casas de los que habitan las aldeas, en vez de quedarles agradecidos, por muy bien que allí nos traten, deberíamos hacernos pagar. Y si esto es cierto con aplicacion á Madrid, ¿qué no será aplicado á París, donde la vida es tan grata, donde todo está admirablemente calculado para el mayor bienestar general?

No se crea, no, que en ese cálculo han quedado olvidados los forasteros; lejos de eso, casi estoy por afirmar que la benevolencia y el interés de los franceses han hecho en obsequio de esa interesante cuanto desagradecida clase mas que por otra alguna. Por poco discreto que sea, el forastero puede pasarlo muy bien en París, mejor sin duda que en otra ciudad alguna, salvo la suya natal, si es que le domina el amor de la patria, y no acierta á encontrarse bien fuera de ella; eso va en gustos. Salvo el caso posible, aunque raro, de una obstinada nostalgia (*vulgo morriña*), el forastero encuentra aqui con la mayor facilidad posible, todas aquellas cosas que contribuyen á hacer amable la vida, así en el orden moral como en el material. Es claro que al que no tiene consigo una familia, un amigo, París no le puede proporcionar uno ni otro; pero puede y logra con frecuencia proporcionarle relaciones sumamente gratas, á que se presta con gran facilidad el carácter expansivo, generalmente bondadoso y dulce de los franceses. Suelen los estrangeros acusarlos de ser algo frívolos, nada constantes en sus afectos, y hasta un poco falsos; lo tengo por una insigne vulgaridad. Hay franceses muy frívolos ¿quién lo duda? También lo son muchos, muchísimos españoles, ingleses, alemanes y turcos. El ente mas frívolo é insustancial que yo he tratado en mi vida es un portugués, y eso que los de su na-

cion pasan comunmente, como nosotros, por gente grave y muy formal. Muy formales y sumamente graves son muchos franceses; otros lo son menos, y algunos no lo son nada: lo propio sucede con los hombres de todos los países. Lo que hay indudablemente en Francia, mas que en otras partes, es cierta vivacidad natural de imaginacion, que arrastra á las gentes á apasionarse con facilidad por todo lo que á primera vista les parece bueno: toman las cosas con mucho calor, son muy propensos al entusiasmo, y cuando se entusiasman, claro es que no reflexionan; pero yo creo que esa natural disposicion de sus ánimos, mas que censura merece elogio. Nada es mas noble que el entusiasmo; fuente y origen de todas las grandes acciones, é incompatible con toda ruindad. De ahí nace que la Francia va siempre á la cabeza de las naciones en todas las grandes tentativas felices ó desgraciadas; es la avanzadilla de la humanidad, el *anima vilis* en que se ensayan todos los experimentos sociales. Con su ejemplo aprenden, ó en su cabeza escarminan los otros pueblos. En este sentido sí que son frívolos y ligeros, supuesto que no tienen *cachaza* para aguardar á que otros experimenten la bondad ó los peligros de toda institucion, de toda idea antes de adoptarla ellos; pero lo repito, esto no me parece mal, sino muy bien. Reducida á las pequeñas proporciones de su aplicacion á la vida ordinaria, esa cualidad francesa de la ligereza ó frivolidad, ó como quiera llamarse, tiene pequeñísimos inconvenientes, créanme mis lectores, y aun no deja de tener algunas ventajas, entre otras, la de hacer fácil y ameno el trato comun, que al fin y al cabo no ha de componerse constantemente de profundos afectos ni de grandes pasiones. Para el trato corriente, para ese comercio social de todos los dias y de todas las horas con los estraños, no se necesita nada de eso; bastan la urbanidad, cierto aprecio recíproco y una buena dosis de discrecion, para que sea muy agradable. Pedir más es gollería; es como exigir que cada uno lleve siempre en el bolsillo, sopena de no pasar por persona decente, cartuchos de onzas ó talones del Banco. ¿A qué fin, si para las transacciones comunes de la vida ordinaria basta llevar unas cuantas monedas de plata? Las grandes sumas, como los grandes sentimientos, solo sirven para las grandes ocasiones. Yo creo que esto es pura y simplemente lo que hacen los franceses discretos, y que por consiguiente no merecen la nota de frivolidad que se les achaca; como quiera, nunca les estaria bien á los forasteros acusarlos de ese defecto, dado que en efecto lo tengan, supuesto que á ellos es á quienes más aprovecha, pues (según dije antes), les proporciona la gran ventaja de adquirir en tierra estraña con facilidad relaciones útiles y agradables. Tampoco somos nosotros los españoles los que más podemos declamar en justicia contra la ligereza de los franceses en su trato, pues por grande que esta sea nunca llega al extremo de decir al primero que se le presenta de visita: *Esta casa está á la disposicion de vd.!*... Aquí generalmente las casas solo están á la disposicion de sus dueños: las nuestras lo están á la de todo el mundo, de palabra á lo menos.

El forastero, en París, por muy recomendado que venga, no debe contar con que nadie se lo lleve á vivir á su casa; es cosa que ya no se estila hace mucho tiempo, ni es posible, atendidas dos circunstancias, consecuencia una de otra; la *carestia* y la *estrechez* de las habitaciones. Son estrechas porque como son muy caras, cada familia se reduce

todo lo más posible; no hay medio, pues, de tener siempre cuarto dispuesto para un huésped, como sucedía antes en Madrid (ya no), y sucede todavía en las provincias. Para hospedarse, tiene el forastero recién llegado á París dos recursos únicos, pero que ofrecen cada cual en su unidad una variedad infinita, á saber, el *hôtel garni* y la *maison meublée*. Paso por alto otra institucion denominada la *maison bourgeoise*, que viene á ser lo mismo que nuestras casas de huéspedes, porque rarísimo será el forastero que habiendo de detenerse poco tiempo en esta capital, recurra á semejante medio de alojarse; si ha de residir en ella mucho tiempo, ya es distinto, y entonces hará muy bien en preferirle, entre otras razones porque es el mas barato. Esas especies de casas de huéspedes, pocas en número relativamente á la inmensa poblacion flotante de París, son por lo comun excelentes; el trato que en ellas se recibe es inmejorable; pero decia yo que pocos serán los forasteros que á ellas se dirijan desde el camino de hierro, no solo porque escasean y no son muy conocidas, sino porque generalmente no reciben mas huéspedes que los que les van recomendados ó les son presentados por los parroquianos. Allí se vive casi en familia, se come en mesa redonda y á horas fijas; el portero se acuesta temprano, cosas todas muy santas y muy buenas, pero que no suelen entrar en los planes del forastero que viene á pasar aquí una corta temporada; así es que por lo comun no viven en esas casas mas que algunos rentistas sin familia, que allí se crean una artificial, tal cual estudiante juicioso, *rara avis in terra*, y algunos modestos provincianos temporalmente atraídos á la capital por sus negocios; es muy raro que en tales casas se encuentre un extranjero. El gran Balzac, ese admirable pintor de las costumbres de su siglo, no pone ninguno en las varias que magistralmente describe en sus novelas. Muchos españoles forman escepcion á esta regla, encaminándose derechos en cuanto llegan, por traer ya hecha la intencion desde Madrid, á las casas de huéspedes de *Mad. Noel* y de *Mad. Veuve La Folie*, que no son ni mas ni menos que unas *maisons bourgeoises*, solo que situadas en un punto muy céntrico (*la Rue Neuve Vivienne*), al paso que las otras suelen estarlo en barrios mas ó menos estraviados.

V.

París, noviembre de 1855.

Una de las muchas cosas que yo nunca he podido comprender es por qué se vienen tantos españoles á las dos referidas casas, á la manera que tampoco podía entrarme en la cabeza, cuando estaba en Madrid, la razon de por qué se iban tantos franceses á vivir á casa de Mr. Monier, sin que esto que digo arguya en mí la menor intencion satírica contra los citados establecimientos, que antes bien conceptúo excelentes. Me explicaré. Comprendo muy bien que un español, verbigracia, á quien sus negocios traen á París con el tiempo muy tasado, ó que por cualquier otro motivo no pueda ó no quiera detenerse aquí sino pocos dias, se vaya derecho, sobre todo si no sabe una jota de francés y carece de relaciones, á casa de madama Noel ó de su rival frontera (ambas casas están casi en frente una de otra), y viva allí mejor y con mas gusto que en un *hotel* ó en cualquier otro establecimiento francés: lo mismo, relativamen-

te, digo de un parisiense que va á Madrid en semejantes condiciones. Lo natural es, que se vaya flechado á casa de Monier (1) ó de madama Lambertson. Uno y otro logran así la ventaja, entre otras cien, de experimentar el menor trastorno posible en sus hábitos de vida y de tener más tiempo libre para atender al objeto principal de su viaje: el primero puede hasta cierto tiempo considerarse en su casa de Madrid, con criados que le hablarán en castellano mas ó menos chapurrado, y le darán su chocolate por la mañana, y su buen ó mal cocido á la comida: al segundo le pasará una cosa parecida y ninguno de los dos necesitará emplear tiempo alguno en la prolija operacion que llaman aquí *se caser*, esto es, hacerse uno su nido, su modo de vivir,—en una palabra, no necesitarán aclimatarse, lo cual es siempre largo y á veces muy difícil. Pero salvo los casos arriba dichos, ó el de un viajero enfermo ú otra escepcion por el estilo, declaro que no acierto á explicarme la predileccion de nuestros paisanos por las casas de huéspedes españolas de París ni la de los franceses por las que tienen en Madrid, pues no es Mr. Monier el único de su nacion que ejerce allí la hospitalidad á la moderna, ó sea por dinero, aunque dicen y yo creo que es el que la ejerce mejor. Por poco dotado que uno esté del don de observacion y por poco que le puncie el estímulo de la *curiosidad*, (á la que solo falta que se la designe con un nombre mas noble para que veamos en ella el elemento primitivo y como la fuente de todos nuestros adelantos), lo natural es que, llegado á un pais nuevo, desee y procure conocer su lengua, sus costumbres y, en general, todo aquello en que se diferencia del propio. Para conseguir esto, en lo posible, parece lo mas natural en los españoles que llegan aquí irse á una fonda francesa, hacerse servir por criados del pais, comer al uso de la tierra y apartarse en cuanto sea dable, temporalmente, de los hábitos antiguos y de las relaciones con los compatriotas, salvo á volver á éstas y á aquellos si se observa que nada se ha ganado en el cambio, cosa que pudiera muy bien suceder; pero á lo menos, *conozcamos lo que da de sí el pais, y luego veremos!* Paréceme que esta debería ser la divisa de todo forastero recién llegado á un pueblo nuevo para él. Aseguro por mi parte que siempre ha sido la mia en los pocos que he recorrido y que me ha ido muy bien con ella.

La vida de *hotel* solo puede convenir aquí al hombre solo: para una familia es muy cara y muy incómoda, por poco que se prolongue. El forastero con familia debe tomar un *appartement garni* (cuarto amueblado), los cuales se alquilan por meses y aun por semanas y cuyos precios varían desde ciento hasta dos y tres mil francos mensuales. París está lleno de ellos, por manera que en este punto el forastero no tiene, como aquí se dice, mas que *l'embarras du choix*. Yo aconsejaria á todos que se buscasen por sí mismos su habitacion, lo que tiene la triple ventaja de proporcionar un entretenimiento y un excelente estudio de costumbres, de facilitar el hallazgo de verdaderas gangas, y lo que vale aun más, de asegurarle á uno hospedage á su gusto. Nada mas facil que esta investigacion. Tales habitaciones se anuncian por medio de unas tablillas cubiertas de

papel amarillo, colgadas á la parte exterior de la puerta de la calle, de manera que se vean de muy lejos: allí se lee escrito en letras gordas *Appartement meublé ó garni*,—á diferencia de los anuncios de cuartos no amueblados (*Appartement á louer*) que se ponen de la propia manera y en el mismo sitio, solo que en papel blanco: esta es la diferencia. Ajustado un cuarto *garni*, lo primero á que hay que atender es á poner bien en claro la importante operacion que aquí se llama *faire l'état des lieux*,—conviene á saber, consignar por escrito y autorizar uno con su firma el verdadero estado de cada uno de los muebles, incluso el mas insignificante trebejo, de que se hace cargo, y de que habrá de responder rigurosamente el día en que se marche. En este punto los dueños ó dueñas (casi siempre son dueñas, á lo menos con ellas se entiende uno) de tales casas son inexorables y algo más: ¿á qué negarlo? Su mala fé es proverbial. ¡Pobre del inquilino que no se ate bien el dedo al firmar el susodicho documento! tendrá que pagar á su salida el doble del valor que tal vez no ha recibido; pero si como hombre prudente, evita este escollo, y ha logrado hacer un ajuste racional, puede estar cierto de que se aloja de la manera mas cómoda y barata posible en París para un forastero con familia.

No es lo comun en tales casas dar ropa blanca y plata; pero se da tambien pagándola aparte: lo que no se da nunca es de comer ni servicio de criados, so pena de desvirtuarse totalmente con ello y por ello la fndole del establecimiento. Es preciso, pues, tomar una cocinera, y si se trata de un matrimonio solo ó con pocos hijos, con tal que no tenga algun niño pequeño, esto le basta para estar bien servido. Aquí no tienen criados sino los muy ricos: esta es una de las diferencias capitales que se observan entre las costumbres de la clase media en París y en Madrid. Allí, tener un *criado*, aunque sea un inculto marino á quien se den cuarenta reales al mes, es una necesidad aun para las familias menos acomodadas: aquí no se conoce esa casta de farrucos rocín-llegados de la tierra que se ponen á lo que ellos llaman *servir*, y que por lo comun no sirven mas que de estorbo en las casas, brazos robustos, pero torpes, tristemente arrancados á la agricultura y á la industria. Aquí las cocineras lo hacen todo: van á la compra, (siendo de advertir que es muy poco, y si se quiere nada, lo que hay que ir á comprar, pues todo lo traen á las casas los vendedores, *fournisseurs*) guisan, hacen las camas, asean los cuartos, frotan los pisos y los muebles, limpian la ropa, van á los recados, y aun les queda tiempo para robar á sus amos! Las infelices trabajan como borricos, pero en cambio son de la piel de Barrabás, en punto á sisa, segun testimonios fehacientes que en número inmenso he recogido de muchachas y muy fidedignas y entendidas *señoras de su casa*. De cuanto he oido sobre esto á nuestras compatriotas (y Dios sabe si les suele dar mas de lo justo por hablar de tales materias!) deduzco que si el *ramo de criadas*, como ellas dicen, está perdido en Madrid, aquí lo está mucho más. Así será; pero yo creo, salvo mejor parecer, que aquí se sabe servir mucho mejor que en nuestra tierra, por la razon sencilla de que aquí el servicio se estudia, se aprende, es un arte sujeto á reglas y principios, al paso que entre nosotros, por lo general, se ejerce á la buena de Dios (ó á la mala del diablo), sin prévio aprendizaje. Aquí el ser cocinera es una verdadera industria, una profesion, como lo es en todas partes

(1) Desde que esto se escribió, la fonda y la librería de M. Monier han desaparecido. *Sic transit...* pero aun queda el recuerdo de aquellos excelentes establecimientos y de aquel excelente hombre, cuya desgracia lamentamos muy de veras.

la de cocinero: las hay de relevante mérito, que se hacen pagar tanto como los primeros maestros del arte; esas se llaman *cordons-bleux* (grandes cruces), no hacen mas servicio que el de la cocina, y suelen costar sobre 60 francos al mes: algunas mucho mas. Estas son la aristocracia del género. El precio comun de las que hacen todo el servicio viene á ser de 30 francos mensuales. Todas imponen *sus fondos* en la caja de ahorros, y muchas son accionistas de minas, ferro-carriles y otras mil empresas de las que aqui pululan. La fiebre de la especulacion devora á esta benemérita clase.

Otra observacion hay que hacer con respecto á ella. La vanidad, el lujo, plaga de todas las clases de nuestra sociedad española, no han invadido aqui, á lo menos en la apariencia exterior, á la susodicha clase, ni en general á ninguna de las que componen esa gran masa de gentes que se designa con el nombre colectivo de *el pueblo*. Las criadas, aun las que tienen, como suele decirse, el riñon bien cubierto, los menestrales todos, lo que llaman aqui el *petit-commerce* (vendedores al pormenor, fruteros, etc.), hacen gala de distinguirse por su traje modesto, aunque muy aseado, de las otras clases mas favorecidas de la fortuna. Cada una de las que constituyen el pueblo, tiene su traje, y, por decirlo así, *su uniforme*: las cocineras, por consiguiente, tienen el suyo, cuya descripcion no sabré hacer ciertamente, pero estoy seguro de no equivocarme al distinguir á una de ellas por su aliño entre cien mugeres de otras profesiones. Lo mismo sucederá, al poco tiempo de residir aqui, aun al menos entendido. Esas distinciones exteriores suelen consistir en una pequeñez, un accidente cualquiera del vestido ó del tocado, que á primera vista parece insignificante, pero que á la larga y por el gran número, forma un verdadero *distintivo*. Ya consiste en el color, ya en la forma de tal ó cual prenda del traje; ya en el corte del delantal en las mugeres, ya en el de la gorra en los hombres. Las de los especieros, por ejemplo, tienen invariablemente una visera muy grande, muy horizontal, muy desairada, que caracteriza á las mil maravillas la simplicidad tradicional de aquella gente; el *especiero* y el *escribano* (*notaire*) son aqui el prototipo de la necesidad. Como quiera, esas distinciones exteriores de clases me parecen cosa excelente; pocos son bastante desvergonzados para no mirar por el decoro de la clase; y ¡cuántas veces el respeto al uniforme retrae al que lo lleva de cometer una mala accion! Acaso parezca una puerilidad, pero en esto veo yo una de las causas, y no la menos poderosa, del buen comportamiento que observa en público este pueblo. Nada mas decorosamente alegre, pacífico y urbano á su manera, generalmente hablando, que las diversiones populares en París y en toda Francia. Los bailes de obreros en los jardines y en las *guinguettes* (fondas al aire libre) que pululan los domingos por las afueras de esta gran ciudad, son un espectáculo á que cualquiera puede asistir sin temor de verse comprometido en ningún lance desagradable. Allí á nadie se insulta, á nadie se atropella: hasta las borracheras son inofensivas, pues esta gente tiene, como aqui se dice, *el vino alegre*. Cuando están bebidos, les da por decir chistes y reirse: rarísima vez por armar quimeras... ¡qué diferencia entre esto y lo que pasa en Madrid y en Londres! Yo creo que consiste mucho en la diferente calidad de las bebidas que producen la embriaguez. Estos vinillos

frescos y ligeros se suben á la cabeza y la exaltan jovialmente: los nuestros y la cerveza pesan en el estómago y llenan el cerebro de ideas lúgubres ó furiosas.

En las calles de *la Paix*, de *Rivoli*, en los *Campos Eliseos*, en el *Faubourg Saint Honoré* y hacia el *boulevard italiano* se encuentran las mas caras y mejores casas amuebladas; pero aun en esos barrios céntricos puede hospedarse de esta suerte con cierta elegancia y comodidad una familia compuesta de cuatro á seis personas con un par de criadas por *cuatrocientos ó quinientos* francos mensuales, cuando se sabe buscar. Es de advertir que los cuartos de los sirvientes rara vez están en el mismo piso que los de los amos: á cada habitacion corresponden dos ó tres *piecetas*, allá en las guardillas, para aquel objeto.

VI.

París, noviembre de 1855.

A nada de lo que va dicho tiene que atender el hombre solo que vive en un *hotel*. Aunque los hay en que se da de comer, y en casi todos se suministra el desayuno, cuando se pide y se paga aparte, ni esto es lo comun ni aconsejaria yo á nadie que lo hiciera, pues se privaria asi voluntariamente de uno de los grandes atractivos que ofrece París al hombre solo en la infinita variedad de sus *cafés* y *restauradores*. A todas horas, en todas las calles, donde y cuando quiera que le sorprenda el apetito, está seguro de encontrar no solo lo *necesario* para satisfacerle, sino tambien lo *superfluo* (cosa muy *necesaria*, dice *Voltaire*). Excelentes estufas en invierno, bonitas y alegres mesas al aire libre en verano, ya sobre el *boulevard*, ya en *bosqueillos* y jardines improvisados hasta en los barrios menos campestres, estimulan de continuo al transeunte á que entre á restaurar el estómago desfallecido (los alimentos parisenses se digieren muy pronto y el apetito retoña aqui con pasmosa rapidez), ó siquiera á refrescar con un *chopp* de cualquiera de las muchas clases de cervezas alemanas é inglesas que ahora están en moda. Es una de las novedades que me he encontrado aqui en mi último viage. Por poco tiempo que uno falte de esta tierra, siempre al volver á ella se encuentra *algo nuevo*.—¡y qué novedades! las de poco momento, como ésta de la improvisada afición de los franceses á la cerveza y del consiguiente extraordinario desarrollo de la industria cervecera, son siempre muchas en número, pero ni aun merecen citarse al lado de las grandes,—verbi-gracia, la de encontrarse uno con la *república*, cuando dos meses antes habia dejado perfectamente asentada la *monarquía*.—ó con el *imperio*, como me sucedió á mí hace pocos meses.—ó con lo que Dios quiera, como sucederá ¿quién sabe? el dia menos pensado.....

Altas reflexiones son estas á propósito de cerveza, pero la verdad es que todo se enlaza en este mundo, y que las pequeñas revoluciones explican las grandes. Dicen los naturalistas que la ballena no se alimenta mas que de sardinas y otros peces pequeñuelos; por manera que si no hubiera sardinas ni esos peces tampoco habria ballenas. Si los franceses no variasen de gusto tan á menudo en el vestir y en el comer, puede que no variasen tanto en sus formas de gobierno,—y que nunca hubiesen existido por consiguiente ni la revolucion de 1793 ni el imperio de 1852. ¿Quién probará

lo contrario? por eso hago yo tanto caso de las pequeñas revoluciones, de los pequeños sucesos, de todo lo pequeño, en fin, dado que haya algo realmente *pequeño* en el universo. «Cuando creemos tener las manos vacías, están llenas de átomos impalpables, cada uno de los cuales es un mundo», dice Jorge Sand en un libro singularísimo que acaba de publicar y estoy leyendo (*Evenor y Leucipe*)...

Una gran taza de café con leche, con tostadas de pan y manteca, es el almuerzo clásico, tradicional, de la clase media en París. En muchos cafés no se sirve mas que esto, acompañado por lo comun de un platito de rábanos muy tiernos,—y cuando más, unos huevos ó un *beefsteak*. Todo esto, por término medio, viene á costar unos dos francos; el café con leche, sin mas que su pan y manteca, nunca pasa de uno, y en ciertos barrios y en ciertos establecimientos modestos, cuesta la mitad. En cambio hay cafés (los llamados *Inglés*, *Tortoni*, de *Paris*, del *Cardenal*, y otros muchos), que son verdaderas y surtidísimas fondas donde no se puede poner la planta sin gastar un dineral..... ¡Ay del incauto que se aventura allí sin conocer bien el terreno, y se da á pedir platos y platos, vinos y vinos! ya está fresco. En todo café regular, y en los buenos con mas profusion, se encuentran multitud de periódicos y revistas: no así en los *restauradores*, donde solo suele haber uno ó dos. Lo comun es que no haya ninguno.

Si variedad hay en la clase y precios de los cafés, no la hay menor en las circunstancias de estos otros establecimientos culinarios: desde los *restauradores* estudiantiles del *barrio latino*, donde la juventud estudiosa ó desaplicada (es indiferente para el caso) come por diez y ocho sueldos, hasta los de *Very*, *Vefour*, los *Hermanos provenzales*, y otros donde se sirven comidas con lujo régio, por precios régios tambien, hállase en París cuanto pueden apetecer todos los gustos y pagar todos los bolsillos. La diferencia esencial en los *restauradores* estriba en ser de los que dan almuerzos y comidas á *precio fijo*, y de los que los dan á *la carte*, ó sea por lista; los precios mas comunes de aquellos son dos francos. El Palacio Real está cuajado de estos *restauradores* á *precio fijo*, y es en verdad espectáculo curioso el que presentan de cinco á ocho de la tarde aquellos inmensos y vistosísimos salones, inundados por la luz del gas, y llenos de una muchedumbre tan variada como compacta que continuamente se está renovando, lo mismo un día que otro; todos los del año. Desde el elevado y reluciente mostrador en que está sentada como una reina en su trono, una elegante y casi siempre hermosa dama (*la dame du comptoir*, otro *tipo* en esta ciudad toda llena de tipos) preside la reunion, todo lo observa y lo apunta, gobierna la numerosa falange de los mozos, y cambia tal vez espresivas miradas con algunos asíduos parroquianos. En nada se ve tan patente la razon principal de la preponderancia de París sobre todas las demas ciudades de Europa,—que no es otra, á mi juicio, sino la renovacion perpétua de una gran parte de su poblacion, lo cual forma su inmensa *poblacion flotante*,—como en la afluencia increíble de gentes en sus fondas y cafés; los extranjeros, los forasteros á lo menos forman naturalmente en estos, y mas aun en aquellas, la gran mayoría. He oido asegurar, y lo creo, que cinco ó seis años de hábil explotación de uno de estos establecimientos, bastan para hacer un gran caudal. Así es que mudan de dueño con mucha frecuencia, aunque conservando siempre el primitivo

nombre bajo el cual se han acreditado. Un *nombre* puede ser aquí, y es con frecuencia, un capital soberbio, mercantilmente hablando.

A la manera que la abundancia de fondas demuestra la gran poblacion flotante de París, la abundancia de los gabinetes de lectura da una prueba de lo generalizada que está aquí la afición á leer, otra causa y efecto al propio tiempo, de la alta civilizacion que alcanza este afortunado país. A cada paso se encuentran aquí gabinetes de lectura; no hay pueblecillo de estas cercanías,—¿qué digo?—de toda Francia, incluidas las mas pobres aldeas del Pirineo, que no tenga el suyo. Algunos tienen varios: es preciso verlo para creer hasta qué punto devora aquí á todas las clases el afán de leer. No hay estacion de los caminos de hierro, donde lo primero que uno se encuentra no sea un puesto de libros forrados de bonitos colores, que atraen la vista de lejos: raro es el viajero que se mete en su coche sin haber comprado antes uno para irlo leyendo por el camino. Lo mismo he observado en Inglaterra. Aun los mismos que no leen, compran uno para no ser menos que los demas, lo cual es una bella y noble emulacion,—ó sinó que lo digan los autores y los libreros. Al efecto se publican ex-profeso obras entretenidas, en ediciones claras y muy manuales á peseta el tomo. Tal es el origen, tales las condiciones de la conocida *Biblioteca de los caminos de hierro*, que ya es aquí una verdadera necesidad. ¿Cuándo lo será en nuestra España?.....

EUGENIO DE OCHOA.

(La continuacion en el número próximo.)

EL MICROCEBE.—LOS MONOS SIN COLA.

Damos reunidos en una misma lámina y con sus naturales dimensiones dos representantes de las dos grandes familias que con los géneros Tarsier y Aye-Aye componen hoy el orden de los primados ó cuadrumanos.

El uno es el *microcebe* enano de la familia de los Lemuridos ó Makis, y del orden todo entero al que pertenece: pequeño cuadrúpedo nocturno de Madagascar, que alternativamente ha sido descrito por Buffon bajo los nombres de *monges enano* y de *rata de Madagascar*, y que Geoffroy San Hilario ha establecido definitivamente como un género distinto bajo el nombre que hoy lleva. Hemos aprovechado la ocasion de dibujar este raro y elegante cuadrúpedo del que se ha visto recientemente un ejemplar en la casa de fieras de París, donde no habia vuelto á haber otro en toda la Francia desde la muerte de Buffon. Pocos animales son tan completamente nocturnos como el *microcebe*, lo que indican bien sus grandes orejas membranosas y sus enormes ojos redondos cuyas pupilas se cierran enteramente á la claridad del día. El individuo de la casa de las fieras de París, se mantenía siempre, escepto la noche, pro-

fundamente escondido en medio del algodón, de que habían llenado su jaula. El *microcebe* en el estado de naturaleza se retira lo mismo durante todo el día á los agujeros de los árboles de donde sale por la noche á buscar su alimento, que consiste en insectos.

El animal dibujado con el *microcebe* es el magot, mono notable sobre todo por la carencia de la cola, tan desarrollada por el contrario en casi todos los demás animales de la misma familia.

No dejará de tener interés, atendidos los recientes progresos de la historia natural con respecto á los monos sin cola, el examinar algunos detalles sobre este grupo, con ocasion del magot, que es la especie mas conocida.

«Yo llamo monos propiamente dichos, escribia Buffon en la grande historia de los monos que forma parte de la historia natural, á unos animales sin cola, de rostro, formas y andar mas ó menos humanos.» Y en la enumeracion que hacia de aquellos animales, despues de su definicion, enumeracion que se remonta por lo menos á un siglo, comprendia el *pithecos* de los griegos, ó como se le llama hoy, el *magot*, el *orang-outang* y el *gibbon*; en todo tres especies.

El mono comun, *magot*, es el único de estos tres tipos admitidos por Buffon, sobre el que ha cambiado muy poco la ciencia. Debía ser así. Habitante del Africa, entre el Atlas y el Mediterráneo, el magot ó mono comun ha sido en todos tiempos traído con mucha frecuencia á Europa. Como dice muy bien Buffon, es el animal sobre el que Aristóteles, Plinio y Galeno han establecido todas sus comparaciones físicas y fundado todas las relaciones y semejanzas del mono con el hombre.

El magot ó mono comun es el que Galeno disecaba á falta de poder estudiar el organismo del hombre sobre el hombre mismo; y Camper, creyendo que se trataba aqui del *orang-outang*, ha cometido un error largo tiempo descubierto hace por Blainville, y al que ha dado toda su publicidad Cuvier.

El mono comun magot no existe en Asia, como lo cree Buffon, sino que se encuentra, lo que ignoraba aquel gran naturalista, en España sobre la punta de Europa de Gibraltar. Hecho doblemente interesante, siendo el magot el único mono que subsiste hoy en Europa, y subsiste en ella como uno de los testigos de la antigua reunion de la estremidad meridional de la península española con el Nord-Oeste del Africa. Este es el solo hecho importante que nosotros tenemos que añadir á la historia que hace un siglo escribia Buffon del *magot* ó mono grande, único hoy todavía en su género, cual lo era entonces. Añadiremos que si la lámina en que representamos su tamaño natural, la cabeza y la mano del *magot* es muy superior á la de Buffon, aquella, sin embargo, podia ser suficiente para dar á conocer exactamente aquel mono.

El *gibbon* ha sido tambien descrito y dibujado con exactitud por Buffon, empero el número de las especies que reproducen ese tipo se ha aumentado mucho desde entonces. En las galerías zoológicas del Museo de historia natural de París se ven hoy hasta nueve especies, de las que muchos presentan aun numerosas variedades. Una de estas especies, que era nueva entonces para la ciencia vivia aun hace poco en la casa de fieras. Todas estas especies proceden de las regiones cálidas del Asia oriental, ya del continente, ya sobre todo del Archipiélago indio.

Los demás monos sin cola tienen para nosotros una grandísima importancia é interés: porque son de todos los animales de la creacion los que mas se aproximan á la organizacion física del hombre. Bajo este aspecto ha hecho con ellos la ciencia numerosos é importantes descubrimientos y progresos.

Buffon que en un principio no conoció mas que una especie y que la creia igualmente estendida en las regiones orientales del Asia, y sobre la costa occidental del Africa, ha distinguido luego claramente el *orang-outan* del Asia, y el *jocko* mas conocido hoy con el nombre de *chimpanzo* que es africano.

Estas dos especies hace ya mucho tiempo que se hallan clasificados como diferentes, y desde los primeros años de este siglo, Geoffroy San-Hilario ha podido demostrar que presentan notabilísimas diferencias en su organizacion hasta tal punto que deben tenerse por dos géneros muy distintos. Estos dos géneros están hoy admitidos por todos los zoológicos con los nombres de *orang* y de *troglodita*.

El *orang-outang*, ó mejor dicho el *orang outan* es e tipo, empero no es la única especie del género *orang*. Geoffroy San Hilario, Blainville, Owen, Isidoro Geoffroy San Hilario han esclarecido completísimamente este punto. Para citar un ejemplo puede verse en el Museo de París, al lado del verdadero *orang outan*, el *orang* de dos colores diferentes: ademas del colorido de diversas partes de su cuerpo y de sus miembros, por la forma muy diferente de las órbitas de sus ojos y de los huesos que constituyen estas cavidades.

Pero esta especie así como los otros *orang* nuevamente descritos ó indicados reunen las mismas condiciones que el *orang-outan* bajo dos puntos de vista importantísimos: todos son de las mismas regiones, de Borneo, de Sumatra, y quizá de partes mas inmediatas al continente, y todos á medida que van entrando en años se hallan sujetos á una verdadera metamorfosis, teniendo en un principio formas casi humanas, especialmente la cara muy corta, y una frente muy desarrollada, volviéndose por el contrario cuando entran en el estado de adultos muy parecidos á los últimos monos por la notable prolongacion de su hocico y la depresion de su frente.

El género *troglodita*, cuyo tipo es el chimpanzo, se distingue á primera vista del anterior por caracteres que casi todos se aproximan mas al hombre. Los brazos, que en los orangs son desmesuradamente largos, tanto que las estremidades de sus dedos tocan casi en tierra, bajan solo en el chimpanzo á los muslos junto á la rodilla. Tiene este ademas lo que no tiene el orang, las uñas largas y aplastadas como el hombre. En su infancia el chimpanzo reproduce con mas exactitud aun que los orangs, las condiciones orgánicas del tipo humano, empero como aquellos con la edad se aparta de él considerablemente por la conformacion de su cabeza, que despues de haber sido corta y redonda concluye por recordar el tipo de los últimos monos por su hocico demasiado prolongado, y la estremada depresion de su frente.

¿No hay en Africa otros monos *anthropomorphos* mas que el chimpanzo? ¿O existen muchos así como hay muchos orangs en Asia?

Geoffroy San Hilario, despues de haber examinado detenidamente algunos huesos, habia desde 1828 anunciado la existencia de una segunda especie, pero no habia podido



comprobarse hasta que en 1847 se ha hecho un gran descubrimiento, un importante hallazgo de grandísimo interés para las ciencias, el del *gorillo* de que hemos hablado ya á los lectores del Museo en los años anteriores.



Así es como sucesivamente se ha ido estendiendo aquel grupo de monos, en el que Buffon hace menos de un siglo no señalaba mas que tres especies, y en las que nosotros conocemos ya mas de veinte, repartidas en cuatro géneros distintos: Troglodita, Gorillo, Orang y Gibbon.

FACUNDO MIGUEZ.